

ADIÓS A CINECITTÀ

LA VIDA PUEDE SER LA MEJOR PELÍCULA

JULIÁN COMAS

B



ADIÓS A CINECITTÀ

JULIÁN COMAS

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Te recuerdo cada día

Roma, 2017

Su madre solía decirle que todos tenemos un lugar en el que podemos sentirnos como en casa, aunque nunca hayamos puesto los pies allí. Jerry Weintraub descubrió, nada más verlo, que el suyo era ese.

Una cálida sensación de familiaridad le recorrió el cuerpo cuando, tras un trayecto de media hora desde Piazza Nazionale, emergió de la boca de metro y se encontró frente al edificio de acceso a los estudios: dos torres de planta rectangular que flanqueaban un cuerpo central de líneas rectas, con una puerta acristalada y otras dos, para vehículos, a los lados.

Y en la parte superior, en caracteres elegantes que destilaban un cierto aire *art déco*, aquella única y mágica palabra.

CINECITTÀ.

Sintió la dentellada amarga de la desazón al pensar que dentro de muy poco todo aquello ya no existiría. Debería haber leyes que protegieran lugares como aquel, se dijo. Ordenanzas que amparasen a los creadores de sueños de la codicia de especuladores y financieros. Pero no las había. Hacía tiempo que se había resignado a que las legislacio-

nes no se hicieran para cobijar a los artistas, sino para proporcionarles una coartada a los mercaderes.

Empezaría el reportaje con aquella reflexión, decidió. Solo una pincelada social, sin pasarse. A la revista, que era quien le pagaba el viaje, la política se la traía al paio. Lo que le pedía era glamour, anécdotas de las grandes estrellas. Devolverles a sus lectores el aroma de una época dorada del cine que se había extinguido, como los dinosaurios, ya hacía mucho tiempo. Se consoló pensando que, si también conseguía colarle el tema al suplemento del periódico, quizá podría explayarse un poco más. Cuando le había sugerido el artículo al redactor jefe, no le había hecho ascos a la idea. Pero sin comprometerse a nada. Ahora mismo, en España importaban otras cosas. Por mucho que Cinecittà fuese uno de los grandes iconos del cine europeo, comprometer seis u ocho páginas a echarle un último vistazo antes de que sucumbiera bajo las garras de los promotores inmobiliarios era mucho comprometer. Y si lo hacía, había añadido, dejando una esperanzadora puerta abierta, sería pagando más bien poco.

¡Como si en España alguna vez pagasen mucho!

Jerry todavía no terminaba de creerse que hubiese cambiado la arena de las playas de Malibú y las estrellas del Walk of Fame por los arcos neomúdejares de Las Ventas o las maravillas del barrio de Malasaña. Pero ya llevaba casi cinco años viviendo en un pequeño apartamento a dos pasos de Herrera Oria, en la Ciudad de los Periodistas — aquella idea de colocar a los de su gremio en un mismo barrio aún le parecía ligeramente inquietante, pese a haber

constatado que lo que menos abundaba en la ciudad, eran periodistas—. Y no se había arrepentido ni una sola vez. Su padre, que había luchado en la Brigada Lincoln con dieciocho años recién cumplidos, le había contagiado desde niño su fascinación por aquel país de contrastes tan marcados. Y, después de que Angela le sacara los ojos con el divorcio, había aceptado la oferta de un editor amigo que, habiendo pasado por un trago similar, le había echado un cable ofreciéndole escribir un libro sobre la loca aventura del productor Samuel Bronston en la España de los sesenta.

Tal y como estaba, habría aceptado escribir una monografía sobre la pesca del barbo en Nueva Gales del Sur.

Había volado a Madrid para un viaje de documentación de dos semanas y ya llevaba casi un lustro. Los hombres de su familia debían de llevarlo en los genes... Gracias a su dominio del idioma —otra cosa más que agradecerle al viejo— enseguida había encontrado trabajo en diversos medios. En aquel país nadie quería contratar a un redactor fijo, pero un colaborador *freelance*, con buenos contactos en Hollywood, era otra cosa. Y entre aquello y los restos del naufragio de su vida anterior, había tenido suficiente para establecerse.

Sabía que algún día regresaría a Los Ángeles. Pero no tenía prisa en echar de menos los paseos por El Retiro, las tardes en el Prado o en el Thyssen o las croquetas de bacalao de Casa Labra. Todo a su tiempo.

Ya había divagado bastante. Regresó a la mítica entrada, tratando de imaginarse cuántas cosas habían cambiado en aquel lugar desde que lo inaugurase, el mismísimo Benito

Mussolini, ochenta años atrás. No demasiadas: la boca de metro frente al portón, la amplia avenida que te permitía llegar en coche y, por supuesto, el enorme edificio de apartamentos del otro lado de la calle. Pero poco más. Por una vez, el régimen del Duce había hecho las cosas bien. Mussolini se había gastado cuatro millones de liras de 1937 en una infraestructura destinada a hacer posible «que la Italia fascista difunda a todo el mundo lo más rápidamente la civilización de Roma». Y, con ese dineral, el arquitecto Gino Peressutti se las apañó para levantar, en solo 457 días, 73 instalaciones. Incluidos platós, centrales eléctricas, oficinas y despachos, laboratorios, salas de proyección, almacenes de *attrezzo* y talleres de construcción. Una auténtica ciudad del cine, tan bien diseñada que apenas había necesitado unos pocos retoques en ocho décadas de existencia y funcionamiento.

Si sus generales hubiesen sido igual de eficaces que sus arquitectos, pensó Jerry con sorna, otro gallo le habría cantado a aquel dictador de opereta que quería parecerse a los césares, aunque su segundo nombre fuese, irónicamente, tan cartaginés como Amilcare.

Recordó, con un deje de nostalgia, los grandes cineastas que habían trabajado allí: Fellini, De Sica, Wyler, Mankiewicz, los dos Vidor, Wise, LeRoy, Reed, Coppola, Scorsese. La cantidad ingente de imágenes inolvidables que habían sido concebidas y rodadas más allá de aquella entrada emblemática: La carrera de cuadrigas de *Ben-Hur*. La Roma de Nerón. La Troya de Príamo. Y todo para terminar albergando la casa del concurso televisivo *Grande Fratello*, que, si

no lo remediaba un milagro, sería lo último que se habría hecho en los estudios.

Jerry suspiró. ¡Si FeFe levantara la cabeza! Claro que, con su sentido del humor grotesco, puede que hasta le hubiera parecido divertido: un montón de personajes dignos de *Amarcord* utilizando su amado plató número 5 para hacerse populares en todo el país a base de airear sus bajos instintos en las ondas hertzianas.

Y si el maestro hubiese sido capaz de encontrarle la gracia a aquel chiste malo, ¿quién era él para no reírse?

Caminó lentamente hasta el portal. Le habría encantado poder franquearlo a bordo de un Alfa Romeo descapotable, rojo, como las estrellas de los viejos tiempos. Con una mujer hermosa de enormes gafas de sol y pañuelo en la cabeza en el asiento del copiloto. Pero lo que le pagaba la revista no daba para tanto. En lugar de eso, había estado a punto de enarbolar el carnet de prensa para ahorrarse la entrada. Ya se estaba llevando la mano al bolsillo cuando le pareció que el fantasma del feroz ujier Pappalardo lo atisbaba, colérico, desde el interior de su garita.

Tranquilo, don Gaetano, no se sulfure, que soy legal.

Arrepentido, sacó la cartera y abonó los casi veintidós dólares que le daban derecho a visitar la exposición, más la visita guiada en inglés. ¿Cómo podía querer que aquello se mantuviese abierto si se escaqueaba de pagar la entrada?

Suspiró. La coherencia y la economía se llevaban a palos. Como tantos otros matrimonios.

Algo se removió en su interior apenas traspasó el mítico acceso. Como si hubiese frotado la lámpara maravillosa y

estuviese a punto de ver aparecer al genio. Su primer deseo cumplido fue el de encontrarse con la *Venusia* —la cabeza coronada de la diosa que Fellini había usado en *Il Casanova*—, brotando del césped, delante mismo de la entrada. En la película, recordó, emergía del agua, frente al Puente de Rialto, rodeada de góndolas y fuegos artificiales. No era su Fellini favorito, aunque todavía se estremecía al pensar en la pareja inclasificable que formaron en ella Donald Sutherland y la desaprovechada Tina Aumont.

Buen comienzo.

Se internó en el paseo arbolado que conducía al corazón del recinto, mirando a su alrededor en busca de más tesoros. Desde aquella perspectiva, los estudios se parecían más a una bonita urbanización privada que a una factoría cinematográfica. Trataba de no imaginarse todo aquello convertido en el sueño de un promotor inmobiliario: sustituyendo platós, almacenes y talleres por hoteles, restaurantes, gimnasios, un centro de belleza, piscinas y hasta un gigantesco aparcamiento subterráneo. Vale, puede que Fellini hasta le hubiese encontrado el chiste a lo del *reality*, pero se apostaba lo que fuese a que imaginarse toda aquella orgía de cemento sepultando su santuario no le haría maldita la gracia.

Tampoco a él, la verdad.

Un vistazo al reloj le corroboró que llevaba el día entero allí.

Se le había pasado como un suspiro.

Lo había visitado todo, desde el espacio Cinebimbicittà, reservado a los más pequeños, hasta la tienda de souvenirs. Las horas se le habían escabullido deambulando por los tres espacios de la Mostra: la exposición que contaba con todo lujo de detalles la historia, los rodajes y los misterios que rodean a casi cualquier película. Había comido sentado en una de las sillas de director del muy *fashion* Caffè di Cinecittà y se había paseado por los decorados que reproducían la antigua Roma, la Florencia medieval y el Templo de Jerusalén. Y, por supuesto, había peregrinado hasta el mítico Teatro Cinque, donde Fellini había rodado la mayoría de sus obras maestras, para rendirle su íntimo homenaje al adorado *maestro*.

Le quedaba poco menos de una hora antes de que lo echaran y todavía le faltaban los decorados donde Scorse se recrease el Five Points de 1830 para *Gangs of New York*. Rebuscó en el bolsillo trasero del pantalón y extrajo el arrugado mapa del complejo que le habían entregado con la entrada. Tenía un buen trecho, pero le daba tiempo. Pese al dolor de pies, echó a andar a buen paso. Dejó atrás los enormes galpones con techos a dos aguas que habían albergado tantas historias irrepetibles y se encaminó al extremo del recinto donde se levantaban las fachadas de una Nueva York que ya solo existía en el recuerdo y el celuloide.

Se encontró los decorados inesperadamente desiertos. Había sido una jornada poco concurrida y estaba a punto de terminar. Pudo deambular en solitario por aquellas pocas calles, tan falsas y tan auténticas a un tiempo. La Gran

Manzana era otro de esos lugares donde nadie era forastero del todo y él se consideraba parte de ella, por mucho que hubiese vivido la mayor parte de su vida en Los Ángeles —un lugar donde, por el contrario, hasta los nativos se sentían extraños.

Se paseó sin prisa por las aceras desiertas, pasando bajo los carteles de negocios fundados por los diseñadores de producción: Saxe & Robertson, St. Nicholas Hotel, Calenberg Volpel & Co., Gwitt Piano Studio, Tilman's Flowers. Se notaba que nadie había rodado allí en años: paredes desconchadas, manchas de humedad, ventanas sin cristales. La calle entera necesitaba una mano de pintura, unos cuantos carpinteros y, por encima de todo, alguien que gritase de nuevo aquello de «¡Aaaaacción!» y le diese sentido al tinglado.

Llegó hasta el final de la acera. En un rincón, incongruentes, descubrió varios plafones que alguien había usado para fijar viejos afiches de las superproducciones que Hollywood había rodado allí en los cincuenta. Jerry tenía las paredes de su apartamento empapeladas con carteles parecidos. Los repasó. Audrey Hepburn, Mel Ferrer y Henry Fonda le devolvieron el atisbo, ataviados de nobles zaristas, desde el de *Guerra y paz*; Robert Taylor, con casco y armadura de tribuno, y Deborah Kerr, bellísima dentro de su túnica de esclava, le ignoraron para mirarse el uno al otro, llenos de deseo, en el de *Quo Vadis*. Y Rock Hudson, con uniforme del ejército italiano, y Jennifer Jones, vestida de enfermera de la Cruz Roja, ni siquiera se percataron de su pre-

sencia, ocupados como estaban en besarse apasionadamente en el de *Adiós a las armas*.

—¿La ha visto?

La pregunta, formulada desde atrás y de forma tan directa, le cogió por sorpresa. Pegó un respingo y se volvió para descubrir a un anciano al que no había visto durante todo su paseo. No necesitó más que un vistazo para sentir una corriente de simpatía por aquel hombre. Empuñaba un bastón con desgana y se notaba que era muy mayor. Pero, por debajo de los años y las arrugas, uno todavía podía adivinar el joven apuesto que había sido alguna vez. Los ojos, de un azul líquido y transparente, destilaban un brillo travieso y socarrón que se reía del paso del tiempo. Jerry pensó que, si llegaba a alcanzar su edad, querría ser como él.

—¿Disculpe?

—Le preguntaba si la ha visto —se explicó el viejo, con el inglés cantarín que solo pueden gastar los italianos—. La película. *Adiós a las armas*.

Jerry esbozó una sonrisa:

—Pues sí. Las he visto todas, en realidad.

—¿Estas? —quiso saber el viejo, levantando el bastón para hacer un ademán que englobaba los tres carteles.

—Bueno, sí. Esas y casi todas las demás. Me llamo Jerry Weintraub. Escribo sobre cine. Me he pasado tanto tiempo en una sala a oscuras que a veces pienso que las he visto todas. Dígame un título y me apuesto lo que quiera a que me lo he tragado.

El viejo meneó la cabeza, aceptando el reto:

—Así que un título al azar, ¿eh? Verá, es que podría decirle muchos... Porque ese *todas* suyo supongo que incluye

a las producciones italianas que se rodaron aquí. Las tragedias de Doris Duranti y Clara Calamai, los romances de Alida Valli y las fantasías históricas que encumbraron a la desdichada Luisa Ferida...

El brillo socarrón que Jerry había adivinado hacía unos instantes se hizo más patente: *touché*.

Se lo merecía. Por sobrado.

Levantó los brazos, admitiendo la derrota.

—Yo me refería... Pero no, me ha pillado usted. Admito que las italianas las desconozco.

El anciano meneó otra vez la cabeza. *Americani!* Su tono era beligerante cuando insistió:

—¿Sabe que van a cerrar todo esto?

—Sí. Por eso estoy aquí. No quería dejar de verlo antes de que desaparezca. Voy a escribir un par de artículos...

El anciano se encrespó.

—¡Una vergüenza! ¡Cambiar Cinecittà por una bolera, un parking subterráneo, unos cuantos apartamentos para ricos y un Conad City! Escriba sobre eso, señor periodista americano. ¿No es usted el Cuarto Poder? Pues haga algo, ¿no le parece? ¡Denúncielo! ¡Impídalo!

Jerry se encogió de hombros.

—Le agradezco que me considere tan influyente. Pero me temo que ahora es usted quien ha visto demasiadas películas. Si es capaz de decirme la última vez que un artículo de un periódico extranjero logró paralizar una gran operación urbanística en Italia le prometo que estudiaré el caso de pe a pa e intentaré copiar al dedillo el estilo de mi ilustre colega. Adelante, ¡ilumíneme!